



MI PRIMO

Aun no hace un año que nos hallábamos reunidos varios amigos en el café Suizo, de la entonces descoronada villa, tomando una taza de thé y fumando *vegueros de la fábrica nacional*, á tres cuartos pieza.

Todas las *plaisanteries* caían sobre mí y mi triste posición de cesante, y todos á una voz criticaban mi indolencia.

—Por qué no te casas con una viuda rica?, me preguntaba uno, como si las viudas ricas se encontraran al revolver de una esquina.

—¿Por qué no entras en la redacción de un periódico ministerial?, decía otro.

Hazte poeta. —Hazte diputado. —Pon una farmacia.

Y cada uno me daba sanos consejos, y me contaba anécdotas de fortunas creadas casi de improviso, cuando uno de ellos exclamó con voz estentórea:

—Hace bien en no hacer nada. De qué le serviría romperse los cascos en busca de una fortuna problemática, cuando á la muerte de su primo Jorge, que, según dicen, apalea las onzas de oro allá en Méjico ó no sé donde, será su único heredero. Dejadlo seguir en un *dolce far niente*, que yo me encargo de hacer su fortuna.

—Como?

—Cuando?

—Donde?, fueron otras tantas preguntas de mis amigos.

—Haciendo correr la voz de que ha muerto su primo, dijo.

Una estrepitosa carcajada acogió esta salida, y algunos momentos después nos despedíamos, marchando cada cual por un lado.

Ocho días después de la escena que acabo de referir me hallaba en mi guardilla, contemplando, como vulgarmente se dice, las musarañas, cuando sentí dos discretos golpes á la puerta.

—Adelante, grité, y al mismo tiempo apareció ante mí un hombre de porte decente y buenos modales, que empezó así:

—Sr. de Campana, yo soy el oficial mayor de Cosme, sastre de toda la aristocracia madrileña y que goza de especial reputación y nombradía entre los elegantes; y habiendo sabido por los periódicos la muerte de su Sr. primo, y creyendo poderle ser útil en mi profesión, me he tomado la libertad de venir á molestarle, esperando se servirá confiarnos su persona: lo que nos honrará sobre manera.

Y sobre este tema, siguió prodigándome elogios, y hablando con tal verbosidad y volubilidad, que me fué imposible interrumpirle en las varias veces que lo intenté, y durante su discurso me tomaba medidas sobre medidas, haciendo apuntes con un lápiz.

Cuando hubo concluido é iba á marcharse traté de explicarme con él, pero antes de que yo hubiera tenido tiempo de pronunciar una palabra, exclamó:

—Nada, nada, muchas gracias. Pasado mañana tendrá V. cuanto le hace falta, y luego, mas despacio, le enviaremos lo que desee.

Dijo y se fué.

No sabía que pensar de esto y creí fuera una broma de mis amigos. No volví á ocuparme de este asunto y ya casi lo había olvidado, cuando al tercer día veo entrar en mi buarda, un criado, que poniendo encima de mi cama un voluminoso bulto, desapareció haciendo mil cortesías.

Deshice el paquete, y no solo encontré un traje completo, de riguroso luto, sino además camisas, cuellos, pañuelos, guantes, corbatas, que sé yo: de todo había allí:

Que hacer en tan apurado trance? —Cerrar los ojos y *avante*, es decir, á vestirse. Lo verifiqué en un periquete, y con orgullo me miraba algunos minutos después en las vidrieras y escaparates de los almacenes y tiendas de la Carrera de San Jerónimo.

Pero mi sombrero y mis botas desdecían de una manera inicua del resto de mi traje: mis botas se reían por todas sus costuras de mi necia vanidad, y mi sombrero, parecía, con sus alas en candel, querer encubrir mi cara para evitarme un sonrojo.

Entonces me acordé de D. Tomás de Utroque, rico banquero establecido en la corte y que había sido compañero de estudios de mi padre. Nunca le había molestado, y creí que no me rehusaría un empréstito sin garantías, de doscientos reales, y con esta idea me dirigí resueltamente á su casa.

Me hice anunciar por uno de los escribientes que pululaban en el despacho y apenas el banquero oyó mi nombre, que adelantándose hacia mí con los brazos abiertos, exclamó:

—Sr. de Campana, tanto placer. Entre V. Tome V. asiento.

Miré al moderno Crespo con atónitos ojos, tratando de descubrir la clave de aquel enigma.

—Ya he sabido por «La Correspondencia» la triste noticia. Su pobre primo de V. tan joven y lleno de vida: morir así, de repente. Sabe V. que su fortuna montaba lo menos á dos millones de pesos?

—Ah! conque V. sabe.....?, dije.

—Sí, Sr.; por supuesto que no me hará V. la ofensa de colocar sus fondos en otra casa que la mía.

—Mis fondos..., dos millones... jamás. Solamente que yo quisiera decir á V....

—Hombre! entre nosotros nada de condiciones. La buena amistad que me unía á su padre de V.... Casualmente tengo ahora papel del Estado: un bonito negocio.

—Sí, pero debo decir á V.... insistí.

—Si acaso este negocio no le gusta, ahí tengo acciones de las minas de Almadén y de Río Tinto, dijo, con una sonrisa.

—Bueno, todo eso está muy bien, pero yo diré á V. con franqueza, que á pesar de todos los millones de mi primo, yo no tengo un cuarto.

—Cómo ni un cuarto? Por qué no lo decía V? Sanchez, exclamó dirigiéndose á uno de sus empleados, dé V. 500 duros al Sr. de Campana, y cárguelos V. en mi cuenta.

—Pero es que...

—Nada de falsa vergüenza: entre amigos todo es permitido. Dispénsame V. si le dejo, pero tengo un empréstito pendiente con el Ministro de Hacienda, dijo consultando un magnífico cronómetro. Ah! mañana le esperamos á V. á comer: á las siete en punto; vienen algunos amigos. No creo que nos haga V. un desaire.

—Un desaire? como podría... dije cada vez mas aturrido.

Y poniéndose el sombrero desapareció por la puerta secreta de su despacho.

Al verme en la calle y con diez mil reales en relucientes monedas de cinco duros, creí que perdía el juicio de gozo. Mi primer cuidado fué guardarme para mejor ocasión las ideas filosóficas—sociales que se me ocurrían sobre la estupidéz humana, y luego comprarme un sombrero y botas, y encargar al sastre un frac para el día siguiente.

Lució éste y después de buscar habitación para un joven de *mi clase*, y de pasear un par de horas por la Carrera, á

las siete me dirigia en un precioso *coupe* al suntuoso Hotel de «mi banquero».

Habia gran comida y todas las personas invitadas eran de la mas selecta sociedad. El Duque de A..., el Marqués de B..., el Conde de C..., el Vizconde E..., el Baron F..., el Ministro G..., el Diputado L..., el General M..., el Almirante N..., todo el alfabeto en fin, estaba allí.

Despues de una opipara comida, durante el café y cuando mi cabeza se encontraba un poco animada por los vapores del generoso vino, me llamó Utroque á aparte y me dijo:

—Ayer mañana vi que no le merecian á V. gran confianza las minas y en su consecuencia he vendido con una prima de diez céntimos, y esta ganancia, mas el capital que destiné á V. mientras llegan sus fondos, los he colocado en el empréstito francés, negocio que tengo por seguro, pero si V. quiere vender hoy mismo, ahí está el banquero X... que comprará al 13 3/8.

—Venda V. amigo, venda V. le dije sin saber si aquella operacion era buena ó mala. Pobre de mí! que entendía yo de bolsa, ni de consolidado, ni diferido.

Utroque se separó de mí un tanto disgustado, creyendo sin duda, que yo tenia poca confianza en sus operaciones bursátiles, y á poco apareció diciéndome.

—He vendido. Desde ahora tiene V. en mis cajas un capital de cincuenta mil y pico de duros.

Y he aquí explicado querido primo mío, el porqué han corrido rumores de tu muerte y el porqué me hallo dueño de una bonita fortuna. El banquero Utroque, cuando supo la verdad por sus corresponsales, quiso tomar el negocio en serio, pero le demostré que él solo se tenia la culpa, y que si habia hecho buenos negocios en mi nombre, no habia, sin embargo, desembolsado un cuarto, puesto que todas las operaciones se habian hecho á crédito. Espero, pues, que te pasará el enojo que me demuestras, y que siempre serás el mismo para tu buen primo, Pepe.

NINO.

1874.

LOS VOTOS

Allá por los años en que el vapor era un mito, y la diligencia y la silla de postas no habian brotado aun del cerebro de sus inventores; es decir, en aquellos benditos tiempos en que el solo medio de locomocion conocido era la litera y el caballo para los que podian proporcionarse ese lujo, pues la mayoría de las gentes caminaba á pié, y gracias, se reunieron una noche en una posada de la histórica ciudad de Búrgos dos maleados peregrinos, los cuales pasaban á Francia en demanda de la ciudad de Aviñon, donde entonces se encontraba la Santa Sede, por pecados y maldades de los hombres.

Como quiera que estos santos varones aparentaban ser gentes de poco dinero, la posadera, arrogante y frescachona castellana, de abultadas formas y de genio vivo y servicial, los metió á los dos en un mismo cuarto, sirviéndoles algunas legumbres y pescados por todo alimento.

Pronto trabaron conocimiento los viajeros, y llegando al terreno de las confidencias contó cada uno el asunto que le movía á impetrar la santa bendicion, que habia de librarlos en esta vida y en la otra de sus horrendos pecados.

Para mayor facilidad y soltura del lenguaje pidieron algunas botellas del blanquillo de Rota, que la ventera se apresuró á servirles, quedándose allí pre-

sente con objeto de oir las aventuras de los contritos pecadores.

—Yo, señores, dijo el de mas edad, robusto moceton de cuarenta años á lo sumo, soy casado y natural de Santa María de Lomeña, en la bonita ciudad de Lugo. Una noche en que me habia marchado á cazar lobos con varios amigos, y empinado el codo con frecuencia, á causa del frio, volvimos á nuestros hogares, ya cerca de madrugada. Me dirigí á mi casa, y con la borrachera que tenia me introduje en el cuarto de mi criada, en vez de hacerlo en el de mi muger, la cual nos sorprendió por la mañana durante nuestro sueño, gritando como una poseida é impetrando el auxilio de la Santa Inquisicion por el despojo que de sus bienes se le hacia, y la pobre meschina, que segun ella soñaba con su novio, lloraba á lágrima viva por los daños y perjuicios causados, pidiendo indemnizacion á grito herido.

El prior del Convento, enterado de todo, me mandó á los piés de Su Santidad en busca de mi salud eterna, y allá voy llevando este par de pendientes de oro y diamantes, que no valdrán menos de quinientos escudos, para ofrecerlos á Ntra. Sra. de Loreto, á fin de que me ayude en este amargo trance.

Llenáronse nuevamente los cubiletes, remojáronse los gargueros, y el segundo peregrino comenzó así su relato.

—Yo soy el señor de Buitrago, y mi castillo se levanta formidable y amenazador sobre las escarpadas rocas de Despeñaperros, en la frontera andaluza. Una prima de mi esposa, jóven de 15 abriles y bella como una rosa de dicho mes, vivia de temporada con nosotros. Tenia la mencionada jóven unos ojos que eran fuego, y una boca que era miel, y se hacia un placer en provocarme á juegos, que dieron el resultado que debian. Mi mujer lo tomó por lo sério, su prima lo tomó mas alto aún, y gritó á la seducción: intervino el abad del gran convento de Carmelitas, y despues de demostrarme el mal que habia causado y los infinitos tormentos que me esperaban en la otra vida, me aconsejó solicitar un perdon eterno del Sumo Pontífice, y en su busca voy, acompañado de esta cruz de esmeraldas que bien vale quinientos escudos como un maravedí.

Acabado este segundo relato, ambos comenzaron una série de *kiries* y acusaciones contra las mugeres, jurando y perjurando que jamás se arrimarían á una de ellas por todo el oro del mundo, y llamándolas con los nombres mas terribles y lanzándoles los epítetos mas furibundos; pero ya era tarde, el vino se habia acabado, y decidieron acostarse. salióse la ventera, que reia en su interior de los juramentos y maldiciones de los enardecidos peregrinos, y éstos, cerrando la puerta, apagaron la luz y se echaron en sus éticos jergones.

Amaneció Dios, y los dos peregrinos se dispusieron á partir: bajaron á la cocina, y llamando á la ventera ajustaron cuentas, pero ambos observaron con asombro, que la picaresca burguesa lucía en su seno la maravillosa cruz del señor de Buitrago y en las orejas los magníficos pendientes del labrador gallego, sin que ninguno de ellos se quejara del despojo.

F.

(Del almanaque *Figaro*).



JULIAN GAYARRE



LUNA DE MIEL



—¡Cuanto te amo! ¿Me abonarás al Real?

MÁLAGA

Dos acontecimientos únicos se destacan en la pasada semana. El concierto de la Filarmónica y el debut de la tiple señora Zamacois.

Del primero vamos á decir muy pocas palabras, porque son conocidas ya la importancia y brillantez de estas veladas musicales, que adquieren cada día mayor éxito.

El violinista señor Mascheck es una verdadera notabilidad: ejecuta con gran precision y maestría, y su arco sabe producir notas suavísimas hasta la inverosimilitud; y digo hasta la inverosimilitud, porque parece mentira que el violin encierre tonos tan dulces, y que la inteligencia humana los haya encontrado.

El violin, que en mi concepto, es un instrumento imposible, se convierte en manos del señor Mascheck en un arpa eólica, como la que nos cuenta la fábula, que sonaba al ser herida por el aire, produciendo melodías tan admirables que encantaban á los dioses y predisponian sus almas para el bien.

Por eso gocé tanto oyéndole: porque el artista hablaba á mi espíritu, sumergiéndolo en un mar de delicias, de goces inefables, de ensueños vagos que me hacían pensar en la muger amada.

Nunca agradeceré bastante al señor don Enrique G. Scholtz, dignísimo presidente de la mencionada sociedad, el rato agradabilísimo que pasé, y tanto mayor es mi agradecimiento cuanto que mi presencia en el Conventico era debida á la galante invitacion que se habia dirigido al director del MÁLAGA, por lo que en su nombre envío á tan atenta Junta Directiva las mas espresivas gracias.

Tambien tengo que tributar un caluroso aplauso á la señorita doña Trinidad Scholtz, que nos hizo admirar una vez mas su talento y su fácil agilidad, en la sonata con que sorprendió al distinguido auditorio.

Los dedos de la señorita Scholtz deslizándose sobre el teclado con una finura elegante que nos recuerda á Cappa y á Ocon, ó hiriendo las notas con el nervio seguro y vigoroso de Roose y de Pettersen, arrancaron unánimes y espontáneos aplausos.

Siempre me ha entusiasmado una mujer jóven y guapa tocando el piano; sus actitudes son tan elegantes, su busto se destaca de una manera tan airosa que predispone al sentimiento estético. Pues bien, la señorita Scholtz me entusiasmó doblemente, porque á su belleza y elegancia, unió la inteligencia y el acierto.

La Zamacois.

Hé aquí el otro nombre que ha circulado de boca en boca durante toda la semana, y con justificado motivo ciertamente.

La simpática soprano se presentó en el coliseo del señor Sanz, debutando con *La Marsellesa*, y á fé que no pudo estar mas acertada en la eleccion.

La obra del maestro Caballero, se presta, quizás como ninguna, á que luzcan las facultades de una

buen tiple de zarzuela, y como la señora Zamacois lo es, de aquí que las luciera haciéndose aplaudir en cada número.

Doy, pues, mi parabien á la señora Zamacois, al empresario señor Pino y á sus abonados.

Y tuti contenti.

Ahora un consejo:

Ya que el abono se ha aumentado considerablemente y la compañía se ha reforzado, constituyendo una de las mejores de España, haga la empresa por variar las decoraciones, que no pueden estar mas viejas, y los trages de los coristas sobre todo.

Vea, vea el señor Pino como visten los coristas del Principal en la zarzuela *La hija de Madama Angot* y compare con *La Marsellesa*.

La propiedad escénica influye mucho en el éxito de una obra, y sabido es que el teatro de Cervantes no se distingue por esta cualidad.

Hablemos de otro asunto.

Y bien triste por cierto.

Me refiero al hecho de haber desaparecido de entre nosotros un buen número de respetabilidades, que no hay duda gozan ya de la presencia de Dios.

Nuestro periódico se asocia al justo dolor de las distinguidas familias que lamentan la pérdida de seres tan queridos.

No quiero terminar esta ligera crónica sin enviar mis afectuosas gracias al señor don Mariano Bertran de Lis, dueño de la fábrica de fundicion de *Santa Amalia*, en la inmediata ciudad de Antequera, por la galante invitacion que ha dirigido á este semanario, al par que mis entusiastas plácemes al señor Scheneider por el buen éxito que ha alcanzado el gas de su invencion.

Personas que tanto se interesan por la propiedad de nuestro pueblo, merecen aplauso, y yo se lo envío, y bien sincero por cierto.

Gibraltar.

SONETO

Salirse el alma en luces por los ojos,
suspenderse el aliento entrecortado,
el pecho en tierno afán tener alzado,
teñirse el cutis de matices rojos,
sentir picar la sangre mas que abrojos,
queriendo hablar, permanecer callado,
arderse en fuego y parecer helado,
estar alegre y simular enojos,
sonreír, sollozar y demayarse,
los párpados cerrar con embeleso,
y entre dulces congojas agitarse;
pues eso, y mucho mas que todo eso,
sintió el que á Cloris consiguió acercarse
y obtuvo de ella que le diera un beso.

REMO.

Octubre 1878.

UNA MODA MAS

En España donde no ha entrado aun de lleno la moda en los servicios de mesa, no se comprenderán ciertos gastos que hacen las familias opulentas de otras naciones.

Pocas, con efecto, son las casas donde ha entrado la cristalería tallada con la cifra del dueño, y mucho menos el juego de mantelería para los diferentes servicios de la mañana ó de la tarde.

En París y en Londres, por ejemplo, las damas se preocupan seriamente de este importante ramo, y siguen con gran exactitud los caprichos de la moda, como hacen con sus trages y salones: por eso creemos oportuno dar en este semanario una breve reseña del gusto que impera actualmente en el servicio de mesa.

Para comer, el mantel y las servilletas deben ser blancas con una guarnición en color; esta guarnición puede ser bordada ó de otro modo cualquiera, pero tegida en la misma tela. Para los dias de gran comida se usa mantelería guarnecida de encages rusos, bordados con hilos de un color vivo.

El servicio de vagilla debe ser todo de un solo juego, no usando mas que un color sobre fondo blanco: azul, rosa, rojo ú oro.

Encuétrase en Saxe una antigua y costosa vagilla, llamada de la *cebolla*, porque el adorno figura esta hortaliza, lo que es sumamente lindo. Hoy aparece esta idea nuevamente en Francia, pero poetizada por el buen gusto del siglo: ya no se pintan cebollas, sino capullos de rosas, geráneos y margaritas, lo que es mas elegante y delicado.

Toda la porcelana, y aun los mangos de los cuchillos, que han dejado de ser de plata y ahora se usan de nácar ó marfil, deben ir pintados igualmente. Los acianos ó coronillas, sobre porcelana de Sévres, estilo Luis XVI, recuerdan la vagilla de María Antonietta en Trianon: sin embargo, con la porcelana china ó japonesa hace muy original este dibujo.

Dado caso de aceptar esta moda, debe hacerse tejer la lencería con el mismo dibujo, lo que es de un buen gusto notable.

El monograma en la porcelana ha pasado ya de moda, porque se requiere mas fantasía. Sin embargo, algunas familias hay que conservan esta costumbre, pero lo hacen imitando el antiguo Gien ó el Rouen.

La cristalería sigue siendo la misma: tallada, imitando Bohemia, con cifra y corona.

La sillería de nogal ó cedro, pesada y con el asiento forrado en piel.

Madrid.

ISOLINA DAIGRÉ.

TENDRÍA RAZON?

—Hombre! ¿Dónde vas con esa pistola en la mano?

—Déjame, que lo voy á matar.

—Pero ¿á quién?

—A aquel señor que pasa por allí.
—Y por qué?
—Porque es el hombre que mas daño me ha hecho en el mundo.

—Pues qué te ha hecho?

—Prestarme el dinero para la boda.

PEPIN.

EN EL ÁLBUM

DE LA SEÑORITA DOÑA LUISA SAMPSON

Cuentan de un jóven, que un dia tan enamorado estaba, que su tiempo dedicaba á la niña á quien quería.

—Habrás otro, entre sí decía,

mas constante y fiel que yo?

y al poco tiempo observó

que su novia á cada instante

se mostraba mas amante;

y de alabarse cesó.

F.

PASATIEMPO

Solucion á la charada inserta en el número anterior.

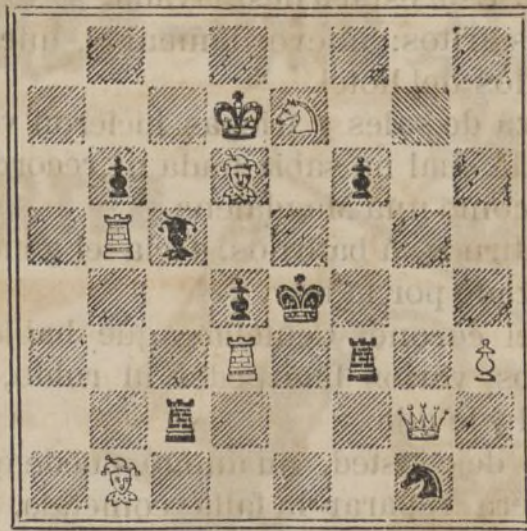
PEBETE.

AJEDRÉZ

Problema número 14.

Por G. B. Valle, de Spezia.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan mate en dos jugadas.

SOLUCIONES

Al problema número 13.

BLANCAS.

NEGRAS.

1. T3Rá3T

2. T2CD

3. mate

A8T

cualquiera

SOLUCIONES EXACTAS.

Sres. D. N. de la T.; D. M. C. del R.; D. B. H.; D. R. R.

TRES ERAN, TRES...

BORRON Á LA PLUMA

POR C.

(Continuacion)

Aun no habia vuelto de su sorpresa cuando se abrió una puerta vidriera, y apareció la generala Torrelodones, quien al verlo en aquel trage lanzó un grito:

—Seductor! Infame! exclamó.

A estas voces acudió el general con una pistola en cada mano, mientras la rubia cabecita de Cecilia se asomaba por entre los pliegues del mosquitero.

D. Modesto lo comprendió todo: habia pasado la noche en el cuarto de Cecilia, la hija del general, y lo tomaban por un seductor: él, el mas moral y virtuoso de los hombres; él, incapaz de hacerle daño á nadie; él, mas incapaz aun de hacer una conquista.

Mi hombre miraba con ojos atónitos á todo el mundo, sin poder arrancar de su cerebro los últimos vapores de la cena, y sentia ganas de llorar.

—Le voy á matar á usted, infame! gritaba el general blandiendo sus mortíferas armas. Haber seducido á una niña, á una niña que es la virtud misma...

—Pero, mi general...

—Calle usted, hombre inícuo, dijo la madre.

—Vístase usted de seguida, que vamos á batirnos.

—Pero oíganme ustedes por Dios: pregunten á su hija si yo...

Los padres comprendieron que esto era lo primero que habia que hacer, y acudieron á la cama de Cecilia. Esta estaba desmayada.

Nuevos gritos: nuevos lamentos, que atragaron á los criados del hotel.

A fuerza de sales y friegas hicieron volver en sí á Cecilia, la cual no sabia nada ni recordaba nada, y lloraba como una Magdalena.

—A batirnos, á batirnos, decia el general con el bigote erizado por la ira.

Pero el coronel Centellas, que habia acudido, como otros varios huéspedes al ruido, se acercó al general y le dijo:

—Pero deje usted, mi amigo, puede que D. Modesto quiera reparar la falta cometida, por medio del matrimonio.

D. Modesto dió un brinco.

—Pero si yo...

—Lo vé usted, dijo el general fuera de sí, lo vé usted, como es un canalla; de esta vez lo mato como á un perro.

—Nada, nada, mi general; déjeme usted hablar con D. Modesto y yo lo convenceré.

El general los dejó marchar, aunque con grande repugnancia, y Cecilia seguía llorando, sin querer decir una palabra, por mas escitaciones que le dirigía su madre.

CAPÍTULO XX.

No hubo remedio.

D. Modesto le contaba la ocurrencia á todo el que queria escucharlo; pero nadie le daba crédito.

—Ya está usted buen pájaro, le decia uno.

—Valiente tunante es usted, le decia otro.

—Pues qué, ¿acaso no sabemos lo de la fuente? decia un tercero.

—Y lo del *pic-nic*.

—Y lo del baile.

—Y lo del coche.

—Y cuando se perdieron ustedes.

—Y cuando usted la pasó en brazos el arroyo.

Etc., etc., etc.

Y su amigo Centellas se contaba entre los incrédulos, y añadía sonriendo:

—Vamos, confiese usted que la equivocacion de cuarto fué intencional.

—No, señor, pura casualidad.

—Maldita casualidad que le llevó á usted al cuarto de Cecilia y no al mio ó al de otro huésped cualquiera.

Y D. Modesto se desesperaba al ver que todas las circunstancias le acusaban, y hasta las inocentes bromas y confianzas que antes habia tenido con la jóven, ninguna de las cuales pasaba de la categoria de candidas, se volvian ahora en contra suya.

Cecilia seguía en su silencio: encerrada en su cuarto con la generala, se negaba á recibir visitas, pero cuando alguien, especialmente sus padres, le hablaban del asunto, la pobre chica rompía á llorar, sin negar ni afirmar nada. Esto confirmaba las sospechas de todos, pues como decia la condesa del Saucó:—«Va la niña á confesar eso: harto hace la infeliz víctima con callar».

D. Modesto comenzó por ser un Lovelace; despues fué un Tenorio; mas tarde era Barbaroja. Los hombres lo censuraban porque no habian sido ellos: las mugeres porque no habian sido ellas. No faltaron algunas que criticaran á la jóven, porque, segun decian, habia dado con un hombre rico y dócil; cualidades apreciabilisimas por la muger.

El general esperó dos dias, mordiéndose el bigote; pero ya no pudo resistir mas, y pidió una respuesta categórica á Centellas.

—Pues, bien, sí, me batiré, dijo D. Modesto en cuanto su amigo le dió el recado del general; mucho lo he respetado y mucho lo respeto, pero yo le probaré que no soy un gallina y que mi cruz roja está bien ganada.

Centellas fué á llevar esta respuesta al general. Cuando D. Modesto se presentó en el comedor fué acogido con un silencio sepulcral; saludó en voz alta, pero nadie le contestó. Despues de tomar café, se fué un rato al *Kursaal*, y encontró en todos igual desvio, igual frialdad, y hasta sus cuotidianos compañeros de tresillo habian buscado otra persona que les hiciera el cuarto.

(Continuará)